

Tercera unidad

La fe en Jesús de Nazaret como Hijo de Dios.

a. Jesucristo verdadero Dios: su naturaleza divina y su preexistencia.

Catecismo de la Iglesia Católica

La Buena Nueva: Dios ha enviado a su Hijo

422. "Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva" (Ga 4, 4-5). He aquí "la Buena Nueva de Jesucristo, Hijo de Dios" (Mc 1, 1): Dios ha visitado a su pueblo (cf. Lc 1, 68), ha cumplido las promesas hechas a Abraham y a su descendencia (cf. Lc 1, 55); lo ha hecho más allá de toda expectativa: El ha enviado a su "Hijo amado" (Mc 1, 11).

423 Nosotros creemos y confesamos que Jesús de Nazaret, nacido judío de una hija de Israel, en Belén en el tiempo del rey Herodes el Grande y del emperador César Augusto; de oficio carpintero, muerto crucificado en Jerusalén, bajo el procurador Poncio Pilato, durante el reinado del emperador Tiberio, es el Hijo eterno de Dios hecho hombre, que ha "salido de Dios" (Jn 13, 3), "bajó del cielo" (Jn 3, 13; 6, 33), "ha venido en carne" (1 Jn 4, 2), porque "la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad... Pues de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia" (Jn 1, 14. 16).

424 Movidos por la gracia del Espíritu Santo y atraídos por el Padre nosotros creemos y confesamos a propósito de Jesús: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16, 16). Sobre la roca de esta fe, confesada por San Pedro, Cristo ha construido su Iglesia (cf. Mt 16, 18; San León Magno, serm. 4, 3; 51, 1; 62, 2; 83, 3).

Símbolo Niceno Constantinopolitano

Creo en un Solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros los hombres, bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de maría la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato, padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

La cristología más recientes se desarrollan a partir del "Acontecimiento Pascual" y van en dos direcciones: hacia atrás iluminando el camino terrenal de Jesús a partir de la Pascua, y hacia delante estableciendo la Pascua como punto de partida de la conciencia Cristiana. Subterráneamente parten de la idea de que la encarnación se pudo entender sólo después de la Pascua.

Es la Encarnación o la Pascua el punto central del misterio de Cristo? Ponerlas en contraste es un grave error: Schonborn¹ propone de partir de una afirmación de San Pablo: «Dios envió a su Hijo»², complementando los dos aspectos del único misterio.

¹ CHRISTOPH SCHÖMBORN, *Dios ha enviado a su Hijo. Cristología*, Valencia 2006, p. 60

² Rm 8, 3; cf. Gal 4,4-5: *Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva.*

El Símbolo va desde la el misterio de la Navidad hacia la Pascua y no al revés., como también la estructura de la liturgia. Sobre todo pero es la predicación del Nuevo Testamento que tiene esta estructura como se ve en un texto fundamental, el de la Carta a los Filipenses:

*El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios.
Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres
y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y
muerte de cruz.
Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre.
Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda
lengua confiese que Cristo Jesús es SEÑOR para gloria de Dios Padre.
(Fil 2:6-11)*

Siguiendo este texto el del Símbolo podríamos distinguir cinco etapas en el envío del Hijo de parte del padre eterno: 1. su preexistencia, 2. la encarnación, 3. su camino terrenal, 4. la pasión, 5 la resurrección y glorificación del Hijo de Dios.

Jesucristo como Hijo preexistente de Dios.

*En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron. (...)La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; la cual no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad.
(Jn 1,1-14)*

Es bien difícil entender hoy la revolución mental que era para un judío del primer siglo afirmar que Dios se había hecho carne. Era una herida mortal a la trascendencia de Dios «tres veces Santo», totalmente otro, defendido en un mundo politeísta por el pueblo judío.

La dificultad empezaba en pensar que en Dios existiera alguien distinto de él desde el principio. Cuando el AT habla de la Palabra de Dios, de la Torah, de la Sabiduría que existe antes de la creación del mundo, lo entiende como un ser indefinidamente ideal y real, pero seguramente no como Dios él mismo. Para el AT la Ley, la Sabiduría son criaturas de Dios, mientras que en la predicación de los primeros cristianos es Dios mismo.

Tampoco esto corresponde a la manera de pensar del mundo helenístico, en cuanto en las filosofías griegas se entiende la posibilidad de seres preexistentes como gradualidad de emanación desde el ser divino hacia el mundo material.

La predicación cristiana habla de un solo Dios y un solo Señor:

Pues aun cuando se les dé el nombre de dioses, bien en el cielo bien en la tierra, de forma que hay multitud de dioses y de señores, para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros. (1Co 8, 5-6)

«Señor mío y Dios mío» dice Tomás delante de Jesús resucitado.³

³ Jn 20, 28

Creer en Dios para los cristianos del primer siglo constituye algo totalmente nuevo frente al monoteísmo judío: ahora ya no se puede hablar de Dios sin hablar de Cristo. Cristo, conocido «según la carne» se ha manifestado como el Logos de Dios.

Es una novedad absoluta sea dentro del mundo hebreo sea en el helenismo dominante, y una certeza clara en todos los textos.

La confesión de la Divinidad de Cristo, justamente por su imposibilidad a ser reducida a cualquier corriente de pensamiento filosófico o religioso, fue el motivo de las grandes crisis de la historia de la Iglesia.

El Concilio de Nicea, el primero de los concilios ecuménicos fue convocado para dar respuesta a la primera de estas crisis.

La Crisis Arriana.

Arrio (+ 330 ca) era párroco de Baukalis en Alejandría de Egipto, e investigador y predicador de la Escritura.

El quiere afirmar que la divinidad es absoluta y no puede admitir pues otro ser divino, ni siquiera el Hijo. Por eso, influenciado por la filosofía platónica que ve a Dios como una mónada, concibe al Logos, como un ser creado, como mediador, casi un «amortiguador» entre la divinidad de Dios y el creado, que permite a todo lo demás de existir. Este mediador es quien se une al hombre Jesús.

El Concilio de Nicea se convoca para responder a este error, que se había hecho tan popular que la mayoría de los obispos se adhirió a sus ideas. El mismo Constantino, que recién había dado la libertad a la Iglesia en el edicto de Milán es partidario de Arrio.

Arrio coloca al Logos de la parte de las criaturas, mientras que el Concilio afirma con la tradición que Cristo está de la parte de Dios.

Para definir la relación entre Dios padre y el Hijo se introduce el famoso término «*homousios*» (griego *ὁμοούσιος*), que es un término que no se encuentra en la Biblia, abriendo la puerta a la reflexión teológica sucesiva.

Afirma que Jesucristo Es el único Hijo del Padre (unigénito: *monogenés*) sin explicar, o más bien, queriendo no entrar en el modo de la generación que es Misterio. *Homousios* significa de la misma naturaleza del Padre, engendrado, no creado: el Logos está de la parte de Dios, no de las criaturas.

Arrio decía que si el Logos ha sido engendrado significa que ha llegado a ser, entonces que es criatura, porque Dios no ha sido engendrado y no ha llegado a ser. Se mueve en una perspectiva filosófica helenística y no puede admitir el misterio como algo que supera estas categorías.

Consustancialidad: es el concepto más nuevo de Nicea. La palabra sustancia tenía dos acepciones: en un caso significaba la realidad de un ser individual, y en el otro lo que constituye lo esencial de una manera de ser. En este sentido lo usa Nicea, aunque es nueva la atribución de una misma sustancia divina a un ser que tiene tres sujetos. La lectura cristiana transforma el concepto. Esta observación es importante porque no asistimos a una helenización del cristianismo pasiva, sino a una inculturación real que renueva el significado mismo de los conceptos griegos. La vivencia de la fe cambia la cultura.

Además nada estaba más lejos de la mentalidad helenística que la afirmación de la unión de un hombre con el Logos divino, con Dios, y además tratándose de un hombre crucificado.

Se podría decir que Nicea es la reacción a una total helenización que propugnaba Arrio. El *homousios* es un caso de deshelenización, que nace de la salvaguardia de la novedad del kerigma de la fe, vivido en la Iglesia.

Es la cuestión que afrontaba también Benedicto XVI en Ratisbona:

Ese acercamiento recíproco interior, que se ha dado entre la fe bíblica y el interrogarse a nivel filosófico del pensamiento griego, es un dato de importancia decisiva no sólo desde el punto de vista de la historia de las religiones, sino también desde el de la historia universal, un dato que nos afecta también hoy. (...) A la tesis, según la cual, el patrimonio griego, críticamente purificado, forma parte integrante de la fe cristiana, se le opone la pretensión de la deshelenización del cristianismo, pretensión que desde el inicio de la edad moderna domina de manera creciente en la investigación teológica. (...) A la luz de nuestra experiencia con el pluralismo cultural, con

frecuencia se dice en nuestros días que la síntesis con el Helenismo lograda por la Iglesia en sus inicios fue una inculturación preliminar que no debe ser vinculante para otras culturas. Esto se dice para tener el derecho a volver al simple mensaje del Nuevo Testamento anterior a la inculturación, para inculturarlo nuevamente en sus medios particulares. Esta tesis no es falsa, pero es burda e imprecisa. El Nuevo Testamento fue escrito en griego y trae consigo el contacto con el espíritu griego, un contacto que había madurado en el desarrollo precedente del Antiguo Testamento. Ciertamente hay elementos en el proceso formativo de la Iglesia antigua que no deben integrarse en todas las culturas, Sin embargo, las decisiones fundamentales sobre las relaciones entre la fe y el uso de la razón humana son parte de la fe misma, son desarrollos consecuentes con la naturaleza misma de la fe.⁴

Ya lo había aclarado Juan Pablo II en la *Fides et Ratio*:

Cuando la Iglesia entra en contacto con grandes culturas a las que anteriormente no había llegado, no puede olvidar lo que ha adquirido en la inculturación en el pensamiento grecolatino. Rechazar esta herencia sería ir en contra del designio providencial de Dios, que conduce su Iglesia por los caminos del tiempo y de la historia.⁵

Es importante notar como Constantino se reconocía en el Arrianismo, porque también correspondía más a su proyecto de sacralización del emperador y de las estructuras estatales. Por eso no se puede decir que Nicea es fruto de su designio de hacer del Cristianismo la religión oficial del imperio, siendo verdad más bien el contrario, a saber, que Nicea fu una afirmación de independencia de la Iglesia con respecto al Imperio. No son razones políticas que llevan a la Iglesia a declarar ciertas doctrinas heréticas, sino su fidelidad al Kerigma apostólico, vivo en el *sensus fidei* de los creyentes y en la liturgia. Es lo que la tradición llamaba la Regla de la fe.

«Dios se ha hecho hombre para que el hombre pueda llegar a ser Dios.»⁶

La soteriología de la Iglesia primitiva se resume en esta frase de Atanasio: la perspectiva de la vida del hombre está en esta unión con Dios, que es el fin de todo deseo que constituye el fondo el «corazón» del hombre.⁷

Para Atanasio sólo Dios puede divinizar al hombre, y pues sólo si Cristo es Dios lo puede salvar. Divinización para él es lo mismo que gracia, una gracia indebida, gratuita. «Todo aquel que es divinizado por la gracia llegará a ser todo lo que es Dios, excepto la identidad de su ser.»⁸

Significa que para los primeros siglos del cristianismo, a diferencia de lo que pasará por ejemplo en el Renacimiento, está claro que el hombre anhela no volverse Dios, sino estar dentro de Dios participar de su vida, en un diálogo de amor entre criatura y creador.

Se trata de un estar junto a Dios no de un hacerse Dios, cosa que en cambio en la edad moderna, y cada vez más secularizado, se vuelve el ideal secreto del hombre. Hacerse Dios para no tener ya necesidad de un redentor. Divinización como adopción fruto de la gracia. Hijos en el Hijo por obra del Espíritu Santo.

Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; la cual no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios.

(Jn 1:12-13)

⁴ BENEDICTO XVI, Discurso en la Universidad de Ratisbona, 12 de septiembre de 2006.

⁵ JUAN PABLO II, *Carta Encíclica "Fides et ratio"*, Roma 1998, n. 72

⁶ ATANASIO, *De incarnatione*, 54,3

⁷ El corazón según la Biblia es la razón, que tiene la exigencia de una explicación adecuada, total, de la existencia. Cf.

X. LEON DUFOUR, *Corazón*, en *Vocabulario de Teología Bíblica*, Barcelona 1993, p.188

⁸ MÁXIMO EL CONFESOR, *Ambigua ab Johannes*, 41